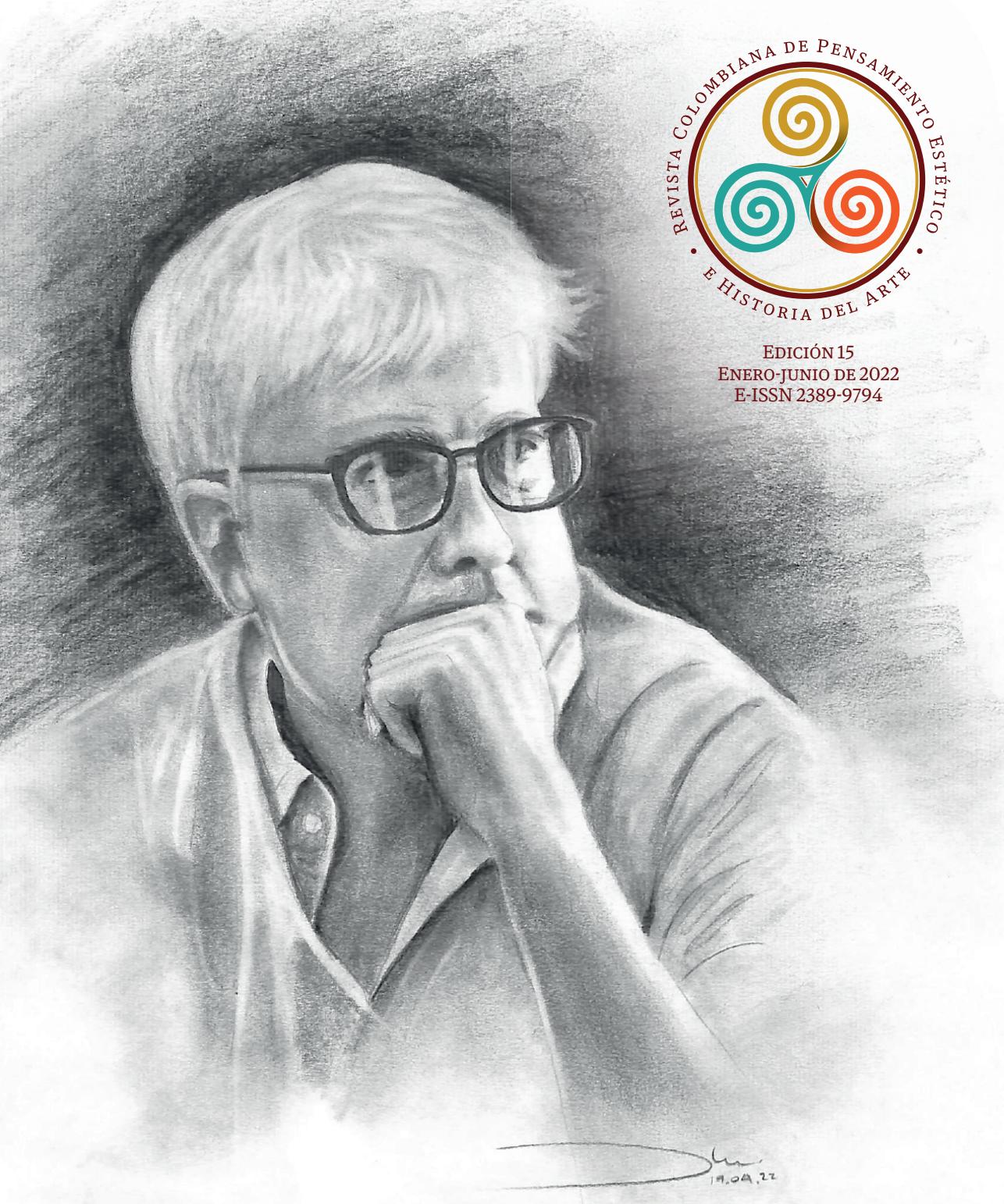




EDICIÓN 15
ENERO-JUNIO DE 2022
E-ISSN 2389-9794



Facultad de Ciencias Humanas y Económicas
Sede Medellín



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Homenaje al profesor Luis Miguel Córdoba





Homenaje al profesor Luis Miguel Córdoba (1959-2022): *in memoriam*



Derechos de autor: Atribución-
NoComercial-NoDerivadas 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Luis Miguel Córdoba Ochoa fue profesor asociado e investigador del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín y estuvo vinculado desde febrero de 1985 hasta su fallecimiento el 27 de enero de 2022.

Fue licenciado en Ciencias Sociales por la Pontificia Universidad Bolivariana (1981), magíster en Historia por la Universidad Nacional de Colombia Colombia - Sede Medellín (1996) y doctor en Historia Moderna por la Universidad Pablo de Olavide (2013). Entre los diferentes cargos directivos que asumió se desempeñó como director del Departamento

de Historia, coordinador de los posgrados en Historia, director del Área Curricular de Ciencias Humanas y Sociales y vicedecano de Investigación y Extensión. Fue director del grupo de investigación interinstitucional en Historia Social categoría A1 de Minciencias. En varias oportunidades recibió la distinción de docencia excepcional. Sus investigaciones se centraron en la historia temprana de América y formó a varias generaciones de historiadores tanto en pregrado como en posgrado, a la par que dirigió incontables trabajos de grado y tesis de maestría.

Como colega y amigo se debe destacar su caballerosidad, ética, erudición, alegría, su fino y afilado sentido del humor y las agradables conversaciones que sostuvimos sobre mil y un temas. Pero lo más importante, su pasión desbordante por la historia, su generosidad con el conocimiento y su formidable calidad humana. Fue gracias a las cartas de Colón y Vespucio y a las estampas de caníbales que nos hicimos amigos. Luis Miguel fue como los viajeros que desafilaron las columnas de Hércules, siempre fue *plus ultra* en todo lo que hizo.

La Revista Colombiana de Pensamiento Estético e Historia del Arte le hace un sentido homenaje a este gran historiador y noble ser humano a través de sus amigos, colegas y alumnos.

Yobenj Aucardo Chicangana Bayona

Profesor titular en dedicación exclusiva / Director-editor
Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín



Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba



El historiador apasionado

A Luis Miguel Córdoba Ochoa lo conocí a fines de la década del ochenta del siglo pasado, cuando hacía su maestría en la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín, institución a la que se vinculó como docente. Desde entonces construimos una amistad llena de afecto y simpatía. Conocí a su mamá y a sus hermanas. Gracias a sus agudas observaciones y a su fino humor pude conocer muchos de los rasgos, positivos y negativos, de la cultura familiar antioqueña.

Luis Miguel era un historiador riguroso, muy atento a los datos, crítico con las fuentes y esforzado en su escritura. Disfrutaba, como en pocas personas he visto, el conocimiento que iba construyendo en sus procesos investigativos. Lo recuerdo apasionado, comentando las pinturas barrocas de las iglesias de Sevilla, ciudad donde lo visité con mi esposa cuando realizaba su doctorado. Su estancia europea y su familiarización con el Archivo de Indias de Sevilla le abrieron nuevos horizontes y le permitieron grandes realizaciones. Lo recuerdo feliz, no hace mucho tiempo, enseñándome la inclusión de un escrito suyo en un importante libro publicado por una prestigiosa editorial norteamericana. Como a todos nosotros, le dolían las injusticias y desigualdades sociales, y no ocultaba su amargura ante la violencia irracional que padecía Antioquia y el país en general.

Será difícil acostumbrarse y aceptar la pérdida de tan querido amigo. Especialmente, de las largas y gratas conversaciones que manteníamos. Solo me consuela saber que Luis Miguel vivió feliz sus últimos años, gracias a la compañera que encontró y a la familia que pudo construir.

Pablo Rodríguez Jiménez

Profesor titular / Director Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá





El magnánimo

Durante unos cuantos años, Luis Miguel Córdoba se encargó de los tres cursos de Historia de América Latina que tenía el programa de Historia de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín. En el segundo semestre de 1993, Luis Miguel invitó a Roberto L. Jaramillo para que dictaran juntos el que trataba de la conquista española. Para los que tuvimos el privilegio de asistir a dicho curso fue una experiencia alucinante. Al principio, Roberto era el encargado del cuerpo de la clase, en tanto que Luis Miguel proveía las notas al pie. A las pocas semanas, este desequilibrio inicial se emparejó, y ambos comenzaron a explayarse en erudición, en un diálogo sumamente enriquecedor. El ritmo de lecturas era más exigente que lo habitual y, para suplirlo, ambos llegaban con maletas de libros para que pudiéramos leer aquello que no estaba en la biblioteca. Si bien esta experiencia no se repitió, de alguna manera se seguía dando en la oficina que ambos compartieron durante tanto tiempo en el bloque 46, a donde los aspirantes a colonialistas peregrinábamos a buscar asesoría, bibliografía, luces y palabras amables.



Luis Miguel siguió profundizando su formación investigativa y sofisticando sus análisis, al tiempo que hacía crecer su biblioteca al ritmo que solo un soltero sin hijos podía. Primero con su tesis de maestría sobre los procuradores del Cabildo de Medellín entre 1675 y 1785 y luego con su profunda inmersión en los siglos XVI y XVII. Esto repercutía directamente en las lecturas maravillosas que ponía en clase o que recomendaba.



Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba



de enseñarme; una de las cosas que más atesoro de sus enseñanzas fue cuando me dijo, a propósito de los que pretenden volver el salón de clase un espacio de confrontación, que lo que uno más recordaba de los cursos era el cariño y gusto con que le enseñaban.

Tras su paso por el doctorado con la dirección de Bartolomé Yun, su encierro casi monacal en el Archivo General de Indias y su vida sevillana, su biblioteca, que ya era grande, se multiplicó y sus propuestas, que eran interesantes, se volvieron interesantísimas, en parte por lo que podríamos llamar un proceso de des provincialización, en tanto que la monarquía hispánica se convirtió en el marco de referencia de sus estudios.

Hace poco menos de diez años, Luis Miguel se reencontró con el amor de su vida y eso lo cambió radicalmente, porque si bien él estaba muy contento con su familia y los amigos que tenía, desde ese momento vivía dichoso, pleno y realizado. Eso coincidió con su momento más fructífero en términos académicos, pues produjo un número importante de artículos, aumentó la dirección de monografías y trabajos de maestría, se insertó en redes en México y España y fue profesor visitante en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

Perder un amigo implica un vacío y un silencio que no se llena de ninguna manera. Además de lo que significa para sus amigos en las cosas más cotidianas, también está el dolor académico de lo que estaba proyectando, pero no dio el tiempo, o sea el drama de que el arte es largo y la vida muy breve. No podremos disfrutar el estudio sobre las visitas de la tierra que anhelaba, ni el artículo sobre Alvarado que le propuso a Gibran Bautista que escribieran a dos manos. Por fortuna, nos dejó una vasta y rica producción académica, la cual reposa prácticamente entera en <https://unalmed.academia.edu/LuisMiguelC%C3%B3rdobaOchoa> Espero que las generaciones que no tendrán el gusto de tenerlo como maestro en el aula puedan seguir aprendiendo de lo que investigó y escribió.

Gregorio Saldarriaga Escobar

Profesor titular, Departamento de Historia
Universidad de Antioquia



El colega

Como ocurre a veces con las personas dedicadas a la investigación, Luis Miguel nos dejó en un momento que alcanzaba la consolidación de su obra académica y de su reconocimiento personal. Era profesor del Departamento de Historia en la Universidad Nacional de Colombia- Sede Medellín y miembro activo de grupos y de redes de investigación que se dedican a analizar las fronteras de las monarquías ibéricas.

Dedicó su vida en la Universidad Nacional de Colombia a estudiar los diferentes estamentos que componían las sociedades del Antiguo Régimen. Pasó de indagar en sus primeras investigaciones la política del Cabildo de la villa de Medellín y los cambios producidos por las reformas borbónicas; a analizar en sus últimos años la guerra y los mecanismos de ascenso social utilizados por los españoles o mestizos en el Nuevo Reino de Granada.

Luis Miguel era mesurado y reflexivo tanto en sus clases como en sus conferencias. Solía repetir, a manera de broma, que le gustaba más la piedad de los Austrias, que el rigor de los borbones, lo que demostraba su carácter conciliador. Escribió bastante, sobre todo en las dos últimas décadas de su vida, y como lo atestigua su bibliografía, publicó artículos sobre temas disímiles¹. Quizás, fue la realización de su doctorado en Historia de Europa, el Mundo Mediterráneo y su

1. A pesar de ello, su único libro fue *De la quietud a la felicidad. La villa de Medellín y los procuradores del cabildo entre 1675 y 1785* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998). Este texto fue producto de su tesis de maestría en Historia en la Universidad Nacional de Colombia realizada bajo la orientación de Roberto Luis Jaramillo Velásquez y sustentada en 1996.

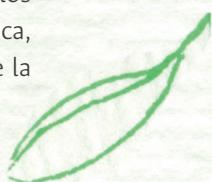
difusión Atlántica, en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, lo que permitió que Luis Miguel centrara su interés en los siglos XVI y XVII. Fruto de esa etapa es su tesis doctoral, aún inédita, “Guerra, imperio y violencia en la Audiencia de Santafé, Nuevo Reino de Granada, 1580-1620”, sustentada en el año 2013 y dirigida por Bartolomé Yun Casalilla.

Sin embargo, los que conocimos a Luis Miguel como maestro y colega, sabemos que su interés por este periodo se remontaba a su época como profesor en la Universidad Nacional de Colombia. Gracias a él, y a través de sus cursos de Historia de América y de Colombia, pudimos conocer los avances de la etnohistoria andina, las investigaciones sobre el mundo mesoamericano o la historia moderna de España. Antes de que la aparición del internet permitiera un acceso más generalizado del conocimiento, Luis Miguel referenciaba en sus clases a historiadores y antropólogos como Nathan Wacthel, Miguel León Portilla, Enrique Florescano, John Murra, Franklin Pease G.Y., Carmen Bernand, Serge Gruzinski, Thierry Saignes, James Lockhart, Alberto Flores Galindo, Steve J. Stern, John H. Elliott, Geoffrey Parker o Bartolomé Bennassar.

Además, en sus cursos, era casi de carácter obligatorio leer a cronistas que dejaron testimonios sobre otras latitudes americanas: Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro de Cieza de León, fray Bernardino de Sahagún, Juan de Santa Cruz Pachacuti o el Inca mestizo Garcilaso de la Vega. Luis Miguel encontraba en las crónicas placeres, imágenes y problemas que le atraían y le inquietaban: la vida de los “sobresalientes” conquistadores; las atrocidades cometidas contra los indígenas por los soldados ibéricos, y la fascinación de estos últimos por la naturaleza americana; los ataques de los nativos a las ciudades y villas o las guerras civiles que enfrentaron a los bandos de pizarristas y almagristas.

El conocimiento de las diferentes regiones del Imperio hispánico le permitió también a Luis Miguel comprender los procesos a escala global. Fe de ello son sus investigaciones sobre la conformación de la primera sociedad colonial en el distrito de la Audiencia de Santafé. A través de artículos, capítulos de libros y ponencias que presentó y publicó tanto en América como en Europa, Luis Miguel fue delineando una imagen distinta de la sociedad india. Esto le permitió demostrar su sensibilidad hacia temas como las narrativas fabricadas por los españoles para incorporarse a las lógicas imperiales de la monarquía católica, la libertad y la convivencia de indios y esclavos africanos, y la creatividad de la población indígena para construir nuevos lazos de convivencia.

Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba





Entre sus trabajos sobresalen los estudios sobre los conquistadores y los nativos en la provincia de Antioquia; la vida en los conventos franciscanos de Tunja y Santafé; los discursos menesterosos de los vecinos que habitaban los distritos mineros de Antioquia; los alzamientos indígenas en Santa Marta; los fraudes de los oficiales reales en el puerto de Cartagena de Indias; la circulación de saberes y de información entre las élites de conquistadores del Nuevo Mundo; los asaltos de Francis Drake a Riohacha y al litoral Pacífico del virreinato peruano; o el destino zigzagueante de las mujeres indígenas en el Nuevo Reino de Granada.

Sus investigaciones siempre se destacaron por estar sustentadas en un amplio corpus documental. Desconfiaba de las historias demasiado teorizantes y era consciente de la importancia de los detalles. Sus estancias en los archivos demuestran su deseo de tener un conocimiento profundo de los procesos que estudiaba. Conocía muy bien el Archivo Histórico de Medellín, donde leyó pacientemente cientos de folios que componen las actas capitulares de una villa pequeña y pobre como lo era Medellín durante el siglo XVIII. Posteriormente, sus estudios doctorales le permitieron analizar los diferentes fondos del Archivo General de la Nación en Bogotá y del Archivo General de Indias en Sevilla. Fue en este último, donde Luis Miguel encontró las historias de indios rebeldes, mestizos conspiradores, encomenderos pobres, obispos renacentistas, piratas ingleses, frailes seductores y oficiales corruptos que tanto le gustaban.

A Luis Miguel no solo le apasionaba la Historia, también encontraba en la literatura, la fotografía y el cine placer y utilidad. En sus clases no solo citaba a los historiadores consagrados y a los clásicos de la literatura universal (principalmente los del Siglo de Oro español), sino que también solía comentar y utilizar películas, documentales y entrevistas como recursos pedagógicos tan válidos como las lecturas de crónicas o el análisis de obras escritas por historiadores contemporáneos. Su pronta partida, no solo nos priva de su profundo conocimiento sobre el temprano periodo colonial, sino también de su afable compañía.

Juan David Montoya Guzmán

Profesor Asociado. Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín





Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba

Un recuerdo

La mañana inició resplandeciente y calurosa. Ese verdor enceguecedor y ese olor dulce de flores exóticas de un campus universitario inmerso en una naturaleza casi selvática, me producía la sensación contundente de que mi vida había dado un giro radical. Mi primera clase empezaría a las 10:00 en el aula 111 ubicada en la parte de atrás del bloque 43; en el pasillo de entrada al bloque me esperaba el profesor Luis Miguel Córdoba, cuya misión era presentarme a mis primeros estudiantes. Desde ese encuentro, me llamó la atención el contraste entre su mirada jovial, su porte sereno, sus gestos de profunda timidez y la mordaz ironía que se atisaba en los comentarios con los que intentó, desde ese momento, revelarme los vericuetos de la cultura paisa que, con el tiempo entendí, amaba y padecía con igual pasión.

El auditorio, construido para servir de escenario, desplegaba en un ángulo descendente varias filas de butacas que culminaban en una tarima alta. Detrás, un pizarrón verde y virgen con un pequeño cajón de madera lleno de tizas blancas, me recordó a esas aulas decimonónicas que invitaban a los profesores a sentirse dioses por unas horas. Cuando entramos, mi cara de asombro ante este auditorio repleto de estudiantes y ante la tarima imponente, se encontró con la característica risa burlona de Luis Miguel y me quedó claro que él nunca sería, ni por asomo un dios insignificante encaramado en escenarios prepotentes. No necesité mucho



tiempo para entender que era uno de los profesores más queridos y apreciados, por su buen humor, por su entrega en cada clase, por su humanidad y empatía con todos. En las siguientes semanas Luis se encargó de acompañarme a la biblioteca y con inmensa generosidad me introdujo a los autores fundamentales de la historia regional antioqueña.

Desde ese día caluroso de mi primera clase en la Facultad, poquito a poco fuimos tejiendo con el profe Luis Miguel una amistad que iba madurando llena de risas y de profundo respeto. Pero nos faltó tiempo. Hace pocos meses leyó y comentó un plan de lectura que hice para escribir una introducción a la historia de Medellín en el siglo XVIII e hicimos planes para vernos, quería presentarme a una estudiante extranjera interesada en el tema de la esclavitud. No pudo ser. La partida de Luis deja un vacío en el corazón de muchos, pero también deja cientos de almas repletas de todo lo que nos enseñó, en el aula y fuera de ella, con su conocimiento de la historia colonial y con su forma de vivir. Ahora que después de dos años de pandemia, encierros y clases virtuales volvemos al campus, tengo la impresión que su ausencia trasmutará en una presencia cada vez más fuerte y cercana en el trajín agitado de los pasillos y las aulas de la Facultad en los que transitamos quienes llevamos su legado y atesoramos su amistad.

María Eugenia Chaves Maldonado

Profesora titular. Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín



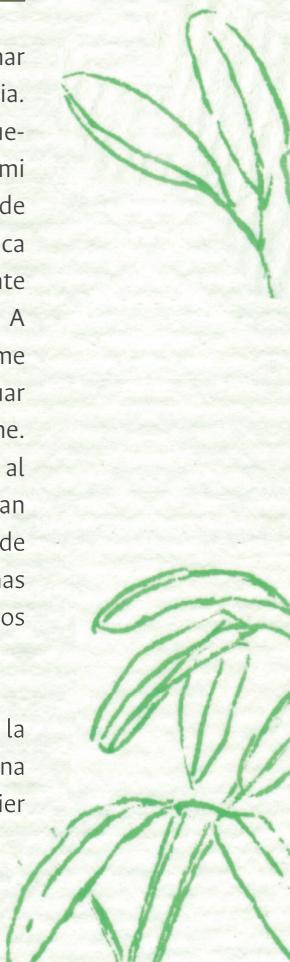


Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba

El profesor

En el recorrido de la vida existen personas que tienen la capacidad de transformar la mirada sobre la misma y, son estas, quienes dejan una huella en la memoria. El profesor Luis Miguel Córdoba dejó una impronta en los recuerdos de aquellos que tuvimos la oportunidad de escuchar y aprender de él en clase. En mi caso, aún recuerdo la primera clase de Historia de Colombia I una mañana de febrero de 2013. Con muchos nervios y expectativa, ese día un profesor de blanca cabellera daba la bienvenida con chocolatinas a un grupo de jóvenes gratamente sorprendidos, pues era palpable su amor por la enseñanza y por la historia. A lo largo de mi vida estudiantil sus palabras de entusiasmo y reconocimiento me hicieron despegar en el oficio de historiadora y me convencieron para continuar en la carrera el siguiente semestre y el siguiente y el siguiente hasta graduarme. Recordar cada una de las sesiones de Luis Miguel es transportarse en un viaje al pasado donde los protagonistas eran aventureros de otras tierras que descubrían nuevos mundos; así también lo fueron los acercamientos y descubrimientos de los que fui testigo en sus clases al archivo. Todas sus lecciones tocaron temas interesantes y abrían las puertas a ejercicios muy bellos que involucraban a otros actores de la historia.

La calidez y la calma en su voz transmitía una enorme pasión, no solo por la historia, sino por el simple acontecer de la vida. Su infinita amabilidad y buena disposición facilitaban el diálogo y el debate de cualquier tema y en cualquier





lugar; incluso después de muchos años, Luis estuvo abierto a diferentes alternativas y perspectivas que enriquecían cada diálogo. Luismi era un ser humano brillante, un hombre siempre presto a ayudar y a brindar una mano en todo momento o, simplemente, a escuchar con tranquilidad y respeto.

Es en la memoria de los otros donde realmente viven las personas y, estoy segura que, no solo en mí, sino en muchos de sus alumnos, amigos y familiares, dejó un bello legado, cargado de enseñanzas, dedicación y un gran cariño. Hoy solo puedo expresar mil y una veces mi gratitud por haber experimentado la fortuna de cruzar caminos con un maestro tan maravilloso como lo fue Luis Miguel Córdoba.

Con cariño,

Laura Carbonó

Historiadora

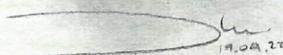
Universidad Nacional de
Colombia - Sede Medellín





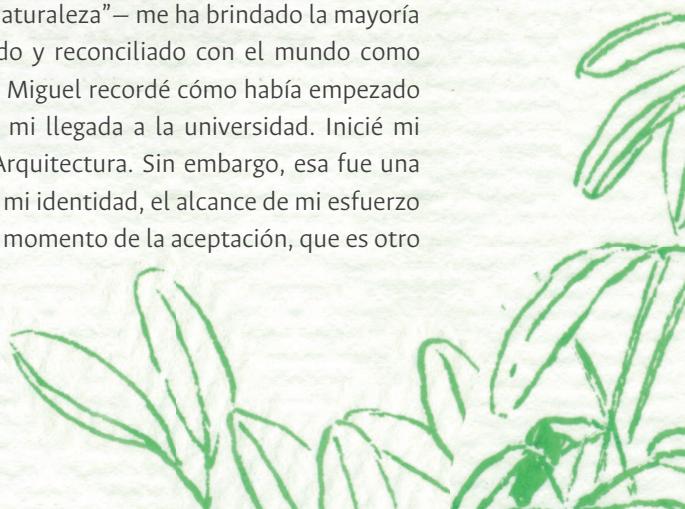
Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba




19.08.22

Naturaleza

Estar en esta universidad –construida sobre las ruinas del río y al lado de un cerro tutelar, como queriendo decir “soy naturaleza”– me ha brindado la mayoría de experiencias que me han concientizado y reconciliado con el mundo como realidad conectada. Con la Pascua de Luis Miguel recordé cómo había empezado uno de los capítulos más vivificantes de mi llegada a la universidad. Inicié mi recorrido allí en 2009 al ser admitida a Arquitectura. Sin embargo, esa fue una experiencia difícil que puso en entredicho mi identidad, el alcance de mi esfuerzo y de mi capacidad física. Entonces llegó el momento de la aceptación, que es otro nombre para la renuncia que nos libera.





En el horizonte de mi elección vocacional adolescente también estuvo la Historia. Sus contornos como carrera, al igual que los de Arquitectura, eran imprecisos para una joven de 17 años y en ambos casos asumí que podría desenvolverme en el camino elegido solo porque tenía gusto por la palabra o por el dibujo. La experiencia me demostró que el deseo era insuficiente y que la aptitud tenía un peso fundamental para su realización. En ese contexto solicité traslado de programa hacia Historia. Volví a ser primipara en el segundo semestre de 2010 y luego de los pasos vividos llegué con mínimas expectativas al nuevo pregrado. Aquí es donde aparece Luis Miguel. Mi primera clase de Historia la vi con él. Entonces no sabía que había iniciado la ruta de una salvación: esta carrera fue el catalizador para fortalecerme y reconstruir mi identidad. Quizá si Luis no hubiera estado, mi olfato ya afinado por la dificultad me habría indicado que estaba en la dirección correcta, pero el hecho de que él fuera la primera persona que me saludó en el umbral supuso un cambio inmediato en mi interpretación de la vida, de los talentos y de la creatividad: su discurso apacible, pero a la vez inteligente y apasionado sembraron una confianza y seguridad que hace rato no experimentaba y, además, demostró que las humanidades encarnaban una forma bella de vivir, que el trabajo intelectual era tan hermoso como las artes más convencionales.

Llegué a este pregrado con las ruinas del sueño adolescente, pero la voz de Luis Miguel se situó entre los despojos como el conjuro del musgo, como el milagro primigenio de la reforestación. Y entonces entendí que la fragilidad –el acto de romperse y derrumbarse– más que sinónimo de destrucción puede serlo, más bien, de barbechar. La ruina puede ser otra forma del descanso el cual es necesario para limpiar las malas hierbas, las espinas y las malezas que de lo contrario habrían corroído silenciosamente los frutos de árboles envenenados en su raíz por el afán o por la terquedad. El trabajo fue mío, pero la palabra y presencia de Luis fueron semilla para el rebrote seguro, saludable y bello de un nuevo jardín. Cuando volví a la nueva carrera me sentía ignorante, asustada, aunque curiosa.

No sabía muy bien qué esperar de una clase llamada Historia de América I. Entré y lo que ocurrió fue que Luis nos transportó al siglo XVI, a la manera de una máquina del tiempo, aunque sin aparatos extravagantes, y entonces descubrí que no era aburrido, que no me eran ajenas las experiencias humanas de personas que habían vivido cinco siglos antes que yo. Empecé a entender la personalidad del continente y del país por este ejercicio de arqueología y descubrí que me emocionaba, que me apasionaba comprender con amplitud



Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba

de miras —críticamente— e interpretar con documentación e imaginación como herramientas principales del pensamiento. En medio de esta pedagogía estuvo la inolvidable referencia a Serge Gruzinski, historiador de las mentalidades, quien precisamente se ha enfocado en señalar las conexiones que culturalmente nos vinculan desde épocas tempranas. La globalización no es un fenómeno moderno, del siglo XXI, sino que hunde sus raíces en los intercambios del Nuevo y Viejo Mundo cuando se vieron y se tocaron —comerciando, amándose o atacándose— en el siglo XVI. Entonces también entendí que la conexión implica conflicto, tensión, porque son las fuerzas complementarias aquellas que engendran la vida. Existe “la colonización de lo imaginario”, “la guerra de las imágenes desde Cristóbal Colón hasta Blade Runner”, pero también los diálogos entre América y el Islam y el más extenso intercambio de la mundialización que conecta desde los años mil seiscientos a “las cuatro partes del mundo”.

Me pareció fascinante aprender que la exposición historiográfica puede ser original, creativa, pero, sobre todo, que esa narración es una forma de conocimiento en donde la comprensión —y no juzgar— es el principal propósito de la inteligencia. La Historia resultó ser un trabajo de autoconsciencia, un trabajo sobre la naturaleza humana —incluida la mía—. El encuentro con Luis me hizo ver la Historia como una oportunidad para revisar prejuicios, aprender sobre la tolerancia, para reconocer y apreciar la diferencia, para malpensar la tradición y celebrar la creatividad, porque la historia es siempre historia del presente, hija de su tiempo. Gracias a Luis supe que aquí yo podía florecer, reconstruir sin temor mi subjetividad. En mi barbecho, que fueron sus cursos sobre historia de América y de Colombia, pasé de la arquitectura —del presente— al pasado. Volví la vista atrás, pero no para lamentarme, no por nostalgia, sino para aprender de mí a través de mi relación con otros de ayer y de hoy; para asimilar que el pasado es un país extraño, pero al final no tanto, porque nuestro destino es mestizo —las múltiples conexiones, la arena en la nieve— y nuestra naturaleza la palabra, que a la manera de rizomas y ramas sostiene las verdes hojas con que ayer y hoy, la humanidad —y yo soy humanidad— manifiesta sus creaciones y su gratitud.

Daniela López Palacio

Historiadora

Asistente editorial de la Revista Colombiana de Pensamiento Estético e

Historia del Arte

Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín



Que me perdone el profe LuisMi

Estudiar Historia, en mi caso, fue cosa del destino. Quizás una decisión al azar que finalmente se convirtió, clase a clase, en una transformación cuidadosa hacia el amor por el conocimiento y el aprendizaje en todas sus formas; en una búsqueda por comprender la humanidad desde el pasado para vivir fascinados en el desconcierto por tanto que –aún en nuestras limitaciones– somos capaces de hacer como sociedad. Hoy, más que nunca, entiendo que nada de eso sería –seríamos– en el ejercicio de la Historia, de no ser por la pasión que el profesor Luis Miguel depositó en nosotros en ese proceso de formación.

Ser historiador parecía algo muy serio e importante, hasta que llegábamos a clase con el profe y nos decía que “nosotros los historiadores parecemos buscando chismes del pasado” tras dedicar media clase a explicarnos por qué la bandeja paisa no era tan paisa como creíamos, o cuando nos contaba las peleas entre personajes reconocidos del proceso de colonización en territorio colombiano.

Profe LuisMi, aprovecho para pedirle que me perdone por no recordar los nombres de esos personajes, o algunas fechas de importantes, o citar parte de las fuentes que nos recomendaba en cada clase. Hubo cosas que, definitivamente, no logré procesar en su totalidad y más cuando sabías bien que el positivismo no era para muchos de nosotros. De sus clases me quedó otro tipo de aprendizaje que hoy es fuente de inspiración en mi quehacer docente con mis estudiantes de colegio.

Su acompañamiento como formador se caracterizó por la paciencia con que recibía a cada uno de sus alumnos con las comunes desesperaciones académicas. Allí terminaba mediando con su conocimiento y buscaba siempre la forma de seducirnos con el tema elegido para cada trabajo de curso. Imposible no valorar el tiempo que se tomaba para revisar textos sin afán, así fueran de otras materias y contenidos. Él hallaba la manera de



dedicarse y rescatar el esfuerzo de sus estudiantes, mientras corregía con detalle para potenciar el resultado. Con esa misma apertura, nos seguía recibiendo semestres después en su oficina, para preguntarnos por la vida, hacer un par de chistes –de humor negro, como siempre– e insistir con contagiarnos de positivismo historiográfico, mientras miraba de reojo a sus colegas del Departamento de Estudios Filosóficos y Culturales.

Del profesor Luis Miguel, más allá de lo académico, pude aprender lo que significa la integridad profesional del educador; aquel que no pretende jerarquizar el conocimiento, sino que busca las fortalezas de sus estudiantes mientras desarrolla los

contenidos y brinda las herramientas para construir habilidades y conocimiento en cada clase de forma conjunta. Los historiadores que tuvimos el privilegio de aprender con él dentro y fuera del aula, ahora tenemos la inmensa responsabilidad de perpetuar su esencia, haciendo que los futuros historiadores se apasionen por chismosear el pasado, y por enseñar humanamente en la academia, tal como el profesor lo hizo con nosotros.

Gracias, profe LuisMi. Ahora yo también les daré chocolatinas a mis estudiantes.

Manuela Edith Vanegas Muñetón

Historiadora

Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín



Homenaje al profesor
Luis Miguel Córdoba



Al profe viajero

En la mañana de un jueves de enero nos contaron, con un nudo en la garganta, que el profe Luis Miguel había muerto. Estas son palabras fuertes para empezar el homenaje a una vida, pero en mi recuerdo siempre estarán las más adecuadas y certeras que Luis encontró para hablarnos de realidad y verdad. Luis Miguel Córdoba es de esos profesores que llevaremos en el corazón y en la cabeza. A nosotros, sus estudiantes actuales, su partida nos tomó por sorpresa y nos dejó con la extrañeza de quien recuerda las últimas palabras o la última sonrisa que cruzó con un ser querido.

Estaré agradecida siempre por haberme encontrado con un maestro, que en primer semestre de Historia, nos enseñó de cine, de arquitectura, nos enamoró del cuento y, con un particular sentido del humor y palabras siempre reales, abrió nuestros ojos a la comprensión del mundo prehispánico. Para él, cada charla al terminar la clase o en cualquier pasillo de la universidad implicaba una anécdota de viaje, la historia de una fotografía. Preguntarle a Luis Miguel por cualquier tema de interés era sinónimo de un correo a cualquier hora del día, apenas recordaba la información que se le había escapado.

Fue una enorme fortuna, que su conocimiento, las enseñanzas cotidianas y las chocolatinas en clase nos acompañaran a algunos estudiantes en dos cursos consecutivos. La primera vez que llegó con un chocolate Jet a clase para cada uno de nosotros argumentó que era la mejor forma de entender la importancia del cacao en la conquista. Al conocerlo mejor entendimos que era una auténtica muestra de cariño, el mismo que durante treinta años compartió con todos sus estudiantes.

Juliana Suárez

Estudiante de Historia
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín

